

La valentía está al alcance de los humildes

Cuando parece que todos los temas de aportación popular están cosechados, se sorprende uno a diario con novedades, al ahondar en las cosas de antaño.

Pudiera ser que se haya hecho selección de motivos y que algunos cuentos se soslayan por desarrollarse en tiempos, ambientes o protagonistas poco usuales.

Cada vez más se va contando de todo, dejando de lado una autocensura moralista y religiosa, para recuperar realismos y sinceridad.

Una de las costumbres más afincadas sobre el aprovechamiento de los pastos estaba en la suelta de cerdos por el monte. Cada familia echaba un número determinado, se construía un cobertizo, zotola, y se protegían los cultivos con tapias, cierres y vigilancia. Sin estos cerdos, los robledales carecían de sentido. Cada año, sin embargo, se ve menor número de cerdos entre los robles y la hayas; está claro que su disminución corre pareja con la caída del arbolado; aumentan además los problemas y enfermedades sobre la masa forestada.

La producción de bellotas y hayucos (ezkurra y fagatxi) varía enormemente entre un año y otro, dependiendo de las heladas habidas durante la floración.

El año de que nos habla esta historieta había poco pasto de roble y algo más de haya. Antonio Aldaba, el de casa Ostatuzarnekoa, construyó una acogedora zotola al límite entre la altura que necesita el hayedo y la cota de predominio del robledal.

Con señuelo de unas cabezas de maíz en un largo paseo, se llevó tres jóvenes cerdos hacia Bordazelei; las ferias y fiestas de octubre acaban de pasar. Frotaba dos piñas de maíz y los tres perseguían los granos salteados que desprendían. El olfato de estos animales tiene un alcance sorprendente; daban con el maíz aunque hubiera quedado debajo de las hojas, que ya habían empezado a caer de los árboles.

Algunos no eran partidarios de hacer el recorrido con los animales desde casa hasta el lugar elegido en el monte; se pensaba que aprendían el camino y a la menor eventualidad o molestia estaban de vuelta. De modo que

La valentía está al alcance de los humildes

prefería llevarlos en carros de vacas o bueyes, y tapando incluso las grietas, para evitar que tomaran nota del camino seguido.

Después de una hora larga de andada estaba a poco más de 4 kilómetros de casa, junto a la sotol; les dio el maíz que llevaba, un puñado de habas y alguno trozo de pan seco; les hizo entrar en su nueva vivienda y les dejó cerrados; muy temprano volvió a la mañana siguiente.; les acompañó un buen rato mientras comían las primeras bellotas y lo que bien les parecía los llevó a la cercana regata de Iraigorri; al anochecer estaba de nuevo con ellos y tras conducirlos a la zotola les vació la bolsa de panes y maíz; cuando entraron dentro en busca de los últimos granos les cerró la puerta, para que se fueran acostumbrando a pasar las noches a cubierto; le interesaba que se habituaran a retirarse, sin que él tuviera que ir cada anochecer y por tanto también el alba. Hechos a esta retirada se evitaban peligros y su localización quedaba facilitada.

Antonio todos los días encontraba un rato para escaparse de visita; cuando se acercaba, les llamaba, levantaban sus orejas y corrían a sus voces desde distancias increíbles; lanzando en su carrera gruñidos producto de su alegría; tenían segura una buena ración de maíz o de hadas y de todo lo que sobraba en casa de Ostatuzarnekoa. No había duda de que se lo agradecerían; menos mal que a la cita diaria llevaba ropa de desecho, porque a los tres gustaba pasarse sus pantalones por el morro. Nunca había querido Antonio un perro en casa, pues decía que al resto de animales les causaba sobresaltos y nerviosismo innecesario; de modo que siempre iba solo por el monte. Sus cerdos estaban fuertes, tenían brillo y sus pequeñas colas acaracoladas andaban en constante movimiento.

Llevaba un mes largo y el buen tiempo acompañaba la montanera.

Había corrido el rumor de que un potente macho cabrío estaba loco y atacaba a las personas; nadie daba crédito a cosa semejante, aunque de ser cierto el caso se trataba de un bicho con una cornamenta impresionante; otros decían que era un ciervo de gran porte, que había sido ya visto el año anterior.

Antonio estaba aquella tarde llegando al punto habitual de llamada y lanzó sus primeros gritos; ¿oirían sus tres socios como otras veces? Lo que si oyó,

La valentía está al alcance de los humildes

rompiendo el inmenso silencio del monte, fue un movimiento de ramas a su espalda; "madre mía" se le escapó, en el momento en que se venía encima una enorme masa marrón llena de cuernos. Le resultó imposible evitar el choque, que lo tiró rodando por el camino de Bordazelei. Apenas se había levantado con el apoyo de sus brazos, cuando de nuevo aquel torbellino de color pardo le hacía rodar, malparado contra un árbol.

Sangraba de la cabeza, estaba aturdido y desde luego fuera de combate.

Nadie sabe como hubiera terminado aquello a no ser por la llegada de los cerdos; la llamada, los ruidos y el olfato habían puesto allí a los tres con la misma prontitud que otras veces.

El feroz animal se preparó de nuevo para el ataque contra Antonio; parecía que intentaba demostrar a los recién llegados sus facultades como nuevo señor del monte; se lanzó de nuevo al asalto y apenas pudo Antonio girarse lo suficiente para evitar de lleno el golpe de gracia. Gritó lo que pudo, al mismo tiempo que los tres cerdos se abalanzaron sobre el salvaje animal; le partieron dos patas, mientras el tercero se encaraba, enseñándole su impresionante dentadura; fueron apenas un par de segundos, lo suficientes para que cayera al suelo; los tres quedaron cubiertos de sangre en el estrago que hicieron; había bastado un tiempo sumamente corto, para que aquella enorme cornamenta se convirtiera en un guiñapo sobre la hierba.

Antonio no terminaba de darse cuenta de lo que había ocurrido a unos centímetros de su cuerpo. Se levantó y todo lo veía rojo; no era visión, no alucinaba; la sangre relucía en sus animales, en el camino, en la hierba y le cubría su propio rostro por la brecha de la cabeza. Le temblaban las piernas, le dolía todo el cuerpo y su corazón acelerado le hizo sentarse de nuevo, después de apartarse unos metros de la escena mortal.

Los tres cerdos le rodeaban; les empezó a hablar, les acariciaba su enorme cabeza, su recio cuello y les daba las gracias de alguna manera; algo desde luego entendían porque pegaban sus hocicos contra su ropa, hasta le empujaban en su afán de estar cerca de su dueño. Se acordó de la bolsa de comida, que les había llevado y empezó a buscarla instintivamente; quería darles algo, demostrarles su agradecimiento y la encontró a los pocos metros; justo donde había recibido el primer testarazo. La recogió y

La valentía está al alcance de los humildes

haciéndola sonar se fue hacia la zotola; mientras comieran, pensó acercarse a la regata de Iraigorri para limpiar su herida y beber un buen trago de agua: cosa que nunca hacía, pero tenía ahora una sed terrible. Algo más recuperado y de mejor ánimo decidió volverse a casa.

Iniciada la marcha aquello parecía que se complicaba: los tres cerdos le seguían; les hizo señas en incluso les dijo que se volvieran: todo en vanos. Sobre la misma zotola trataba de explicarles, que debían quedarse igual que siempre y que ya volvería al día siguiente. Probó de nuevo el despegue y los tres erre que erre salía detrás; no se lo explicaba; llegó a pensar si aquellos humildes cerdos no lo harían por acompañarle para darle protección.

El apuro del que le habían sacado no daba margen a enfardes ahora, pegarles unos gritos o arrearles con un palo. Decidió quedarse esa noche en el monte. Hizo una gran fogata y al calor del fuego su cuerpo magullado pronto quedó dormido sobre el suelo. Allí había una calma completa; pero en el pueblo no ocurrió lo mismo; intranquilos en su casa preguntaron a uno y a otro si habían visto a Antonio por algún lado; nadie sabía nada. Pasaban las horas y sus padres no podían más: aun no había amanecido cuando pidieron a un amigo que llamara a los demás con la idea de salir en su búsqueda.

Unas 25 personas entre amigos y parientes bajaron al monte por el camino de San Adrian; camino que no podían dejar, pues era lo único que en la oscuridad se apreciaba.

Daban gritos, soltando irrintzis sobre la marcha, pero no llegaba respuesta alguna. Habían decidido ir en primer lugar a la zotola y tratar de obtener allí alguna pista. Justo amanecía cuando de lejos vieron el paso y enseguida dieron con Antonio; para algunos la primera impresión fue que estaba muerto; al acercarse a él comprobaron que dormía con una tranquilidad envidiable.

Ante la presencia de tanta gente, gruñeron los tres cerdos y fue lo que le hizo despertar. Les llevó a que vieran al animal muerto, mientras les contaba la aventura pasada y no sabían que ponderar más, si la potencia de la dentadura de los cerdos o la fidelidad demostrada al dueño.

Cargaron con el bicho, que daría una merienda para todos los amigos y más y Antonio se trajo a los tres socios a casa. Este año terminarían de engordar

La valentía está al alcance de los humildes

a su lado; medio pueblo pasó a verlos y quien menos les soltaba un trozo de pan; por demostrar de alguna manera que se merecían un buen aplauso.